


Ignacio de Loyola y la mujer

di ROGELIO GARCÍA MATEO S.J.*

 El hecho de no haber admitido una rama femenina dentro de Compañía de Jesús, ha dado que pensar o especular si el Santo de Loyola no podría albergar una cierta tendencia misógina. Para salir de dudas y especulaciones, lo mejor será hacer un recorrido por algunos momentos de su vida, destacando sus relaciones con el mundo femenino¹.

Tal vez la nota más significativa de lo mucho que la mujer significó en la vida del joven Iñigo, la encontremos en su relato autobiográfico, cuando durante la convalecencia de la herida de Pamplona comienza a pensar en su futuro. «Y de muchas cosas vanas que se le ofrecían, una tenía tanto ido el corazón, que estaba luego embebido en pensar en ella dos y tres y cuatro horas sin sentirlo, imaginando lo que había de hacer en servicio de una señora, los medios que tomaría para poder ir a la tierra donde ella estaba, los motes, las palabras que le diría, los hechos de armas que haría en su servicio»(Au 6)².

Mucho se ha especulado sobre la identidad de esta dama; lo más probable es que fuese la hermana de Carlos V, que fue reina de Portugal por su matrimonio con Juan III. Pero, fuese quien fuese, lo más interesante es lo que esta confesión da a entender. Iñigo se autorretrata como prototipo del amante caballero, que se esforzaba por descollar en torneos y pugnas para agradar y conquistar a su dama. Se ponía a su servicio, sometién-dose a ella del mismo modo que un vasallo lo hace a su señor. De aquí que se haya llamado la «feudalización del amor» a un servicio o vasallaje humilde y cuasi religioso que ejercita el caballero enamorado a la dama de sus sueños.

Se trata de un amor lejano, distante, irrealizable («cuán imposible era poderlo alcanzar»³), que exige dominio de sí mismo: un sufrimiento gozoso, una enajenación del amante, que vive fuera de sí en una especie de muerte espiritual, pero querida por él. A través de esta «muerte» el amante llega a la unión con la dama, sintiéndose arrebatado al mundo

* ROGELIO GARCÍA MATEO S.J., professore emerito docente presso l'Università Gregoriana.

¹ Parece que el pequeño Iñigo no pudo conocer a su madre, doña Marina Sánchez de Licona, porque debió morir poco después de su nacimiento. El ama del caserío de Eguibar, cerca de Loyola, y sobre todo su cuñada, Doña Magdalena de Araoz, que desde el 1498, se encuentra en Loyola como señora de la casa, asumió el papel de madre. Cf. P. DE LETURIA, *Damas vascas en la formación y transformación de Iñigo de Loyola: Estudios ignacianos*, Roma 1957.

² Los textos ignacianos se citan, de no indicarse lo contrario, según C. DE DALMASES / M. RUIZ JURADO, *Obras de San Ignacio de Loyola*, BAC, Madrid 1997, con las siguientes abreviaturas: Au = Autobiografía, EE = Ejercicios Espirituales. En este artículo recojo y remodelo algunas notas de lo publicado en mi libro «Ignacio de Loyola. Su espiritualidad y su mundo cultural», Bilbao 2000, 207 - 224.

³ Cfr. J.M. CACHO BLECUA, *Del gentilhomme mundano al caballero «a lo divino»*. Los ideales caballerescos de Ignacio de Loyola, en *Ignacio de Loyola y su tiempo*, ed. J. Plazaola, Bilbao 1992, 141 s.

del amor y de la belleza. Ante un ser de naturaleza tan superior como se considera la dama, «porque la señora no era de vulgar nobleza: ni condesa ni duquesa, más era un estado más alto que ninguno destas», el amante no puede sino rendirle un culto de servicio y humildad, exaltando sus perfecciones. Sujeta a la proyección de los sentimientos del amante y a la tradición tipológica del amor cortés, la dama aparece como ángel en su bondad. «Ángel de humana figura», la llama Cervantes⁴.

Cierto, dos amores se enfrentaron en el corazón de Iñigo cuando convaleciente por la herida de Pamplona reflexionaba sobre su vida y su futuro: el de la dama, que le proponía grandes hazañas, honor y fama, y el de Cristo, que lo lleva a la humildad, la pobreza, la persecución y la cruz, según el ejemplo de los santos. Con todo, esta alternativa de elección no se ha de entender, como tantas veces ocurre, como si en el primero todo fuese lo opuesto al segundo. Se hallan, no obstante, muchas actitudes y comportamientos, como el servicio, el amor, la reverencia, que con la conversión y las experiencias místicas pasarán a formar parte de las bases más profundas del segundo y de lo que luego será el espíritu ignaciano. No cabe duda de que el «en todo amar y servir a su divina majestad» (Ej. 233) representa una actitud que se entronca bien con el mundo caballeresco del «amor cortés».

Llevado por los ejemplos de algunos santos, como san Francisco, piensa en hacer un peregrinaje a Jerusalén con el fin de hacer más tangible su seguimiento de Cristo. Los «Santos Lugares» representan un modo muy concreto para recordar y contemplar las escenas de los misterios de la vida de Cristo. Pero durante el camino de Loyola Barcelona, piensa dirigirse al Monasterio benedictino de Monserrat.

Nuestra Señora

Lo antes dicho sobre el mundo caballeresco hace en seguida pensar que el título mariano «Nuestra Señora», tan usado por Ignacio, se puede relacionar también con el modo de ser que el amor cortés representa. Una señal clara de que esta posibilidad es el hecho de que el relato autobiográfico habla de la devoción a la Virgen en un contexto caballeresco. «Y fuese su camino de Monserrate, pensando, como siempre solía, en las hazañas que había de hacer por amor de Dios. Y como tenía todo el entendimiento lleno de aquellas cosas de Amadís de Gaula y de semejantes libros, veníanle algunas cosas semejantes a aquellas; y así se determinó de velar sus armas toda una noche, sin sentarse ni acostarse, más a ratos en pie y a ratos de rodillas, delante el altar de Nuestra Señora de Monserrate» (Au 17). El pasaje del *Amadís* que más recuerda a éste de la Autobiografía lo encontramos en las *Sergas de Esplandián*. «Armando Esplandián como oís, entraron en la capilla cuatro doncellas, cada una con un guarnimiento de caballero de unas armas tan blancas y tan claras como la luna, orladas y guarnidas de muchas piedras preciosas con una cruces negras, en cada una de ellas armó a uno de aquellos donceles, e teniendo

⁴ Poesías completas, 79.

a Esplandián en medio, fincados de rodillas delante del altar de la Virgen María, velaron las armas, así como era en aquel tiempo costumbre. Todos tenía las manos y las cabezas desarmadas, y Esplandián estaba entre ellos tan fermoso que su rostro resplandecía como los rayos del sol... rogándola que fuese su abogada con su glorioso Hijo, que le ayudase y enderezase en tal manera que siendo su servicio, pudiese cumplir con aquella tan grande honra que tomaba, y le diese gracia por la sua infinita bondad...»⁵.

Se trata, pues, de una devoción mariana marcadamente cristocéntrica. Igualmente en el relato ignaciano se pone de relieve que de lo que se trata en esta vigilia es del seguimiento de Cristo, del cual María es protectora y animadora; así, en el pasaje anterior se continúa: «delante el altar de Nuestra Señora de Monserrate, adonde tenía determinado dejar sus vestidos y vestirse las armas de Cristo». El cristocentrismo mariano de Ignacio se manifiesta de nuevo en una de sus más altas experiencias religiosas, como fue la de La Storta. «Había determinado, después que fuese sacerdote, estar un año sin decir Misa, preparándose y rogando a Nuestra Señora lo quisiese poner con su Hijo (la semejanza con el pasaje del *Amadís* salta a la vista). Y estando un día, algunas millas antes de llegar a Roma, haciendo oración en una iglesia (La Storta), sintió tal mutación en su alma y vio tan claramente que Dios Padre lo ponía con Cristo su Hijo...»(Au 96).

«Les Yñigues» de Manresa y las Señoras de Barcelona

Parece, según algunos testimonios del proceso de beatificación, que ya a la bajada de Monserrat en busca de un hospital, para pasar algunos días, se encontró con un grupo de mujeres, que no solamente le ayudaron a hallar alojamiento y le asistieron proporcionándole comida y auxiliándolo en la enfermedad, sino que además se aconsejaron con él. Se conocen los nombres de varias de ellas. En primer lugar están Inés Pascual, con la que Ignacio después incluso mantendrá correspondencia, y Jerónima Claver, hospitalaria de Santa Lucía, donde Iñigo estuvo los primeros días en Manresa. Además nos encontraremos con Inés Claver, Micaela Canylles, Angela Amigant, Brianda de Paquera. Formaban un grupo de amistad pero también de consejo espiritual en torno a Iñigo. De aquí que se les llamase «les Iñigues». Podemos concluir, por tanto, que el primer grupo de personas que se une a San Ignacio fueron mujeres⁶.

De entre las mujeres de Manresa destaca una que debió pertenecer a ese grupo de personas que en la Autobiografía se dice: «En este tiempo conversaba todavía algunas veces con personas espirituales, las cuales le tenía crédito y deseaban conversarle (Au 21). O sea que no solamente aconsejaba espiritualmente sino que era aconsejado.

En este sentido, continúa la Autobiografía: «Había en Manresa en aquel tiempo una mujer de muchos días, y muy antigua también en ser sierva de Dios, y conocida por tal en muchas partes de España; tanto que el Rey Católico la había llamado una vez para comu-

⁵ Libros de Caballerías, Biblioteca de Autores Españoles (BAE), Madrid 1937, vol. 40, 400.

⁶ Monumenta Ignatiana Scripta II, 365.

nicarle algunas cosas» (Au 21,37). Un día se dirigió a Ignacio, diciéndole: «Plega a mi Señor Jesucristo que os quiera aparecer un día». Aunque la identidad de esta mujer no se ha podido determinar, salta a la vista que se trata de una de las varias «beatas» que vivían como ermitañas. Tenían una profunda vida espiritual, aunque no faltaban los casos en los que la vida espiritual degeneraba fácilmente en milagrería y en fenómenos raros, como fue el de la beata del Barco de Ávila, Francisca Hernández⁷. De otro lado, no es aventurado suponer que Iñigo, debido a sus once o doce años de trato con la corte del Rey Católico, pudiera tener conocimiento o noticia previa de la piadosa manresana, cuya fama parece que iba más allá de Manresa y de Cataluña. De todos modos, resulta ser la «persona espiritual» que en esta primera fase de su nueva vida más le ayudó» (Au 37). Por tanto, podemos decir que en la difícil y decisiva etapa de Manresa, donde Iñigo durante unos once meses vive una serie de experiencias, que van desde fuertes crisis de escrúpulos y tentaciones de suicidio hasta la alta visión mística del Cardoner (Au 19-30), fue precisamente una mujer la persona que en aquellas circunstancias mejor lo pudo orientar.

Un mes escaso se detuvo en Barcelona hasta poder embarcar como peregrino a Jerusalén. Bastará, sin embargo, para poder entrar en contacto con una bienhechora, cuyo papel en la vida de Ignacio tuvo su trascendencia. Era doña Isabel Roser, casada con un comerciante adinerado. No tenían hijos; esta circunstancia orientará, como veremos, los pasos de Isabel, cuando en el 1541 muera su esposo, hacia Roma con la intención de ser admitida en la recién fundada Compañía de Jesús.

Será a la vuelta del frustrado intento de quedarse en Jerusalén «para siempre», y el haber vuelto a Barcelona (Au 49-50), cuando se forme en esta ciudad un círculo de mujeres, en parte de la alta nobleza catalana, que, a la vez de ayudarle materialmente, buscaban su consejo espiritual.

La experiencia de Alcalá

Cuando, una vez dados por terminados los estudios de latín y humanidades bajo el maestro Ardévol en Barcelona, llega el 1526 a Alcalá para iniciar los estudios de Artes liberales o Filosofía, también serán mujeres el grupo principal que se una a él y a sus primeros compañeros (Calixto, Arteaga, Reynalde, Cáceres). Pero ahora no son damas de la alta nobleza sino mujeres sencillas y algunas de fama dudosa. María de la Flor, Beatriz Ramírez, Isabel Sánchez, la recadera, entre otras, las conocemos por los procesos inquisitoriales a que Ignacio se vio sometido en Alcalá.

Cuando Iñigo llega a Alcalá, en marzo de 1526, sólo hacía unos meses que el decreto contra los alumbrados había sido promulgado. Imposible que en este breve espacio los inquisidores hubiesen podido alcanzar la experiencia necesaria para distinguir unos grupos de otros. Es natural que Iñigo fuese confundido con uno de ellos. Su modo de vestir

⁷ SERRANO Y SANZ, Francisca Hernández y el Bachiller Antonio de Medrano. Sus procesos por la Inquisición (1519-1532), en *Boletín de la Real Academia de la Historia*, XLI (1920) 105.

y de instruir en la vida de piedad parecía tener mucho en común con los grupos sospechosos de alumbradismo. Los rumores se intensificaron cuando desaparecieron de Alcalá dos mujeres, madre e hija, ambas viudas, protegidas del conocido profesor Pedro Ciruelo, catedrático de la Complutense y maestro de Iñigo. El maestro sospechaba de su discípulo y mandó que lo pusiesen en la cárcel. Iñigo se defendió diciendo al vicario Figueroa: «que estas dos mujeres muchas veces me han instado para que querían por todo el mundo servir a los pobres por unos hospitales y por otros; y yo las he siempre desviado deste propósito, por ser hija tan moza y tan vistosa, etc.; y les he dicho que cuando quisiesen visitar a los pobres, lo podían hacer en Alcalá, y ir a acompañar al Santísimo Sacramento» (Au 61).

O sea, la puesta en la cárcel se debe indirectamente a las dos mujeres. Pero será también una mujer la que intervenga para indultarle. Se trata de doña Teresa Enríquez, esposa del Comendador mayor de León, Gutierre de Cárdenas, «la cual le envió a visitar y le hizo muchas veces ofertas de sacarle de allí». El interés de esta noble dama, que era hija del Almirante de Castilla y prima o sobrina de Doña Juana Enríquez, madre de Fernando el Católico, por el encarcelado Iñigo se debe con toda probabilidad al hecho de que doña Teresa lo debió conocer en los años de Iñigo en casa del Contador mayor del Reino, ya que el hijo primogénito de Velázquez de Cuéllar estaba casado precisamente con una Enríquez, también de la casa del Almirante⁸. Doña Teresa era conocida por su intensa devoción a la Eucaristía, que se la llamó «la loca del Sacramento»; murió el 1529⁹.

Cuando madre e hija volvieron de su romería al Santo Rostro de Jaén, ellas mismas confirmaron que lo habían hecho por su propia decisión, lo que facilitó la rápida puesta en libertad de Iñigo.

Una rama femenina de la Compañía

Como ya apuntamos, Isabel Roser, generosa benefactora e incondicional devota de Ignacio, como se puede comprobar por la correspondencia epistolar, llegado el momento de la muerte de su esposo, fue creciendo su deseo de ir a Roma para ponerse bajo la obediencia de quien ella tanto había ayudado, en particular económicamente. La idea, al principio, no debió parecerle muy descabellada, aunque tampoco le entusiasmó a Ignacio. Cuando se leen las cartas de Isabel Roser salta a la vista que toda la iniciativa es de su parte. En la carta del 6 de noviembre del 1542 se dice: «En otras os escriuí cómo mi determinación sea de yrme á Roma y veros antes que muera»¹⁰.

Así, en junio o julio de 1543 Isabel Roser apareció en Roma en compañía de otras dos mujeres. Lucrecia de Brandine y Francisca Cruyllas, las cuales también querían ponerse bajo la obediencia del Padre Ignacio, el cual no sólo no lo veía claro sino que no

⁸ L. FERNANDEZ, ob.cit.

⁹ C. BAYLE, *La loca del Sacramento*, doña Teresa Enríquez, Madrid, 1922.

¹⁰ *Monumenta Historica SJ Eppistolae Mixtae I*, 117.

estaba de acuerdo. Pero Isabel, de algún modo, consiguió llegar con su petición al mismo Papa, que autorizó a ella y a sus compañeras a que hicieran los votos y entraran en la Compañía. En la Navidad de 1545 Ignacio las aceptaba, tras pronunciar los votos, como miembros de ella¹¹. Las cosas al principio fueron mejor de lo que se esperaba. Isabel fue elegida para dirigir a las mujeres de Santa Marta e incluso se marchó a vivir allí. De no haber fracasado el intento, éste hubiese sido el comienzo de una rama femenina de la Compañía, dedicada como ella al apostolado.

Pero seguramente debido a la larga amistad espiritual y humana que unía Isabel a Ignacio y a los grandes beneficios que hizo a la naciente Compañía, ella se sentía consciente o inconscientemente como un miembro privilegiado de la joven Orden, comportándose más o menos como si estuviese en su casa. Esto, junto a los problemas familiares que después surgieron con los sobrinos de Isabel reclamando dinero por la herencia de su tío, creó grandes tensiones. A principios de 1546 todo estaba liquidado y las tres «jesuitinas» vueltas al estado laical. En mayo de 1547 Ignacio escribió una carta al papa Paulo III pidiéndole «de no cargarnos en mujeres en obediencia, de las presentes, ni de las otras por venir». A fines del mismo año Isabel, ya en Barcelona, escribió a Ignacio reconociendo su error:

«...siendo yo tan deudora por tantos beneficios espirituales recibidos de V.P. y de todos los otros de su casa, y de los tantos trabajos, penas y fatigas, que por mí han sentidas y pasadas, los sopplico por reuerentia de la pasión de Jesu Xpo. nuestro Señor, por su preciosa sangre me perdoneys, y assí en esta humildemente os pido perdón, confesando mi imperfección y miseria... y aunque yo no maresco que V.P. se rrecuerde de mí en sus sacrificios y oraciones, la sua charidad se estenderá en ello, y así lo sopplico, y lo mismo pido a los suyos, que, avn tan miserable y peccadora como soys, no me oluido de rogar á Dios siempre que lo veo en manos del sacerdote por V.P. y por los de su casa, que no menos afición y amor los tengo que en otro tiempo. Dios nuestro Señor m'es testigo dello: y quedo besando las manos de V.P., y rogando la Magestad divina que nos dexe viuir y morir en su sancto amor y seruicio. De V.P. indigna y inutil seruidora. La viuda Isabel Roser»¹².

La concesión de Paulo III establecía que la Compañía no fuese obligada a recibir bajo su cuidado congregaciones religiosas femeninas; se entendió también en el sentido de que la Compañía estaba exenta de cualquier dirección espiritual estable o permanente de religiosas (Constituciones de la Compañía núm. 588).

¹¹ El texto del voto de Isabel Roser, traducido al castellano, dice: «La que subscribe, Isabel Roser, viuda promete y hace voto solemne a nuestro Señor Dios Omnipotente, en presencia de la Santísima Virgen María, mi Señora, del glorioso San Jerónimo y de toda la corte celestial del Paraíso y ante los aquí presentes, y ante Vos Reverendo Padre Maestro Ignacio, prepósito de la Compañía de Jesús, que tenéis el puesto de parte de Dios, de pobreza perpetua, según las ordenaciones que Vuestra Reverencia me dará, de castidad y obediencia según el modo de vida que me será encomendado. Hecho en Roma, en la Iglesia de Nuestra Señora de la Strada, el día de Natividad de Jesucristo 1545». El texto está escrito en catalán. Archivo Romano SJ. Italiano, folio 11. Evidentemente el contenido se redactó con la aprobación de San Ignacio.

¹² Eppistolae Mixtae I, 449 s.

Dado que una de las cualidades fundamentales de la nueva Orden es la disposición de sus miembros a ser enviados a las tareas apostólicas que se recomendaren, admitir ser confesor permanente de un convento impedía la disponibilidad misionera básica que requería la Compañía, ya que entonces los medios de transporte eran rudimentarios. Si hubiese habido coche y teléfono e internet, es de suponer que Ignacio lo hubiese pensado de modo distinto; él sólo se opuso al hecho de que fuese permanente.

Una jesuita, Juana de Austria

Pese a la negativa de admitir mujeres en la Compañía, tenemos el caso excepcional de Doña Juan de Austria, Infanta de España, Archiduquesa de Austria, hija del Emperador Carlos V y de Isabel de Portugal, nació en Madrid, 4 de junio de 1535; era ocho años menor que su hermano Felipe II. Contrajo matrimonio a los 16 años con su primo el príncipe Juan Manuel de Portugal, que tenía quince años, y murió dos años después, dejando embarazada a Juana del futuro rey Sebastián I de Portugal. Educada en un ambiente austero, no gustaba de la pompa de la corte portuguesa. Al enviudar regresó a Castilla para hacerse cargo, por voluntad del emperador, de la Regencia de España, teniendo que separarse de su hijo para siempre. Durante cinco años (1554-1559) Juana tuvo que gobernar los territorios de la corona española, por la ausencia de Felipe II, que se había marchado a Inglaterra a celebrar el matrimonio con su prima María Tudor.

Además de su actividad como Regente de España en tiempos en que la política no era cosa de mujeres, hay que resaltar el hecho insólito de ser la única mujer admitida en la Compañía de Jesús y de haber muerto como miembro de una orden religiosa, que no tiene una rama femenina. Juana conoció la nueva orden a través de su confesor el antiguo Duque de Gandía y Virrey de Cataluña, Francisco de Borja, que en 1546 había renunciado a todos sus títulos y bienes y había entrado en la institución fundada por Ignacio de Loyola.

En el verano de 1554 creció en ella su interés por la Compañía de Jesús y la idea de entrar en ella. Borja comunicó a Ignacio la resolución de la Regente. Esto causó un enorme problema debido a la prohibición, con una Constitución pontificia (1546), de tener una rama femenina. La petición de la Regente era, por tanto, altamente irregular, pero no era prudente desatenderla. El 26 de octubre de 1554, por orden de Ignacio, se reunió una consulta para deliberar sobre las posibilidades y el modo de admitirla. Se decidió aceptar la petición de la Infanta pero con el máximo secreto y para ello usar un pseudónimo masculino *Mateo Sánchez* y otras veces *Montoya*. La autorización oficial fue enviada el 3 de enero de 1555. Se la admitió a probación por dos años, votos simples, es decir, como los que hacen los jesuitas al terminar el noviciado, que, aunque son perpetuos no comprometen a la Orden en modo total, como sucede con la profesión solemne de los últimos votos (cf. Parte V, de las Constituciones de la Compañía de Jesús (510-523). Los superiores podían anular los votos si fuera necesario. Por lo demás, ella no tenía que cambiar su forma de vestir, ni su casa, ni dar demostración alguna externa de su nuevo estado, y tendría una asistencia espiritual. La pertenencia a la Compañía la

Infanta la tomó plenamente en serio. Intervino con autoridad en unos momentos en que la joven Orden sufría grandes hostilidades en España. La defendió contra los ataques del dominico Melchor Cano; influyó al emperador y a su hermano Felipe para que la Compañía pudiera establecerse en Flandes; apoyó la reforma de los monasterios femeninos de España, por indicaciones de Ignacio. Éstas, entre otras mediadas, muestran el gran empeño que puso Doña Juana como miembro de la Compañía¹³.

Por recomendación de su confesor, Francisco de Borja, en 1559 Juana fundó el *Convento de nuestra Señora de la Consolación* para clarisas descalzas, conocido popularmente como Convento de las Descalzas Reales, ubicado en el centro histórico de Madrid. Se construyó aprovechando el antiguo palacio donde Juana había nacido. Las primeras monjas vinieron, por mediación de Borja, de un convento de Gandía. No pocas damas de la nobleza española se recluyeron en este monasterio trayendo consigo un preciado ajuar. Por este motivo, en él se conserva actualmente una preciosa y numerosa colección de pinturas, tapices e imagerie religiosa.

Juana de Austria falleció el 7 de septiembre de 1573 en el Escorial, dejando en su testamento que fuera enterrada en el convento que ella había fundado. Allí permanece todavía su magnífico sepulcro.

Una colaboradora, Margarita de Austria y Parma «Madama»

Hija natural del Emperador Carlos V, nació en Oudennarde (Bélgica); su madre, Johanna Maria van der Gheynest, era de Flandes, sirvienta de Charles de Lalaing. Poco después de su nacimiento, Margarita fue confiada a la familia Douwrin. Su futuro habría sido el de una hija extramatrimonial más, sin privilegios y con un oscuro porvenir. Sin embargo, gracias a su tía-abuela, Margarita de Austria, gobernadora de los Países Bajos desde el 1507 y de su sucesora María de Austria, la pequeña Margarita fue educada según los modales de la nobleza borgoñona.

Las tensas relaciones entre el Emperador y el Papa, que se agravaron con el saqueo de la Ciudad Eterna por las tropas imperiales en 1527 (Sacco di Roma), comenzaron a serenarse cuando el Papa Clemente VII, que era de la familia florentina de los Médicis, se decide a firmar la paz con Carlos V, que como contrapartida acepta reponer a los Médicis en el gobierno de la ciudad de Florencia en la persona de Alejandro de Médicis. Para asegurar la lealtad de ambas partes se acuerda el matrimonio de Alejandro con la entonces todavía hija natural del Emperador, Margarita, de apenas cinco años de edad. En 1533 Margarita fue formalmente legitimada por su padre asumiendo el nombre de *Margarita de Austria*. El 9 de febrero de 1536 se celebra el enlace matrimonial entre Alejandro de Médicis y Margarita de Austria, que tenía a la sazón catorce años. Desde el comienzo de su matrimonio tuvo que contar con la indiferencia de su esposo, el cual permanecía fiel a Tadea Malaspina, que le había dado dos hijos.

¹³ A. VILLACORTA BAÑOS, *La jesuita: Juana de Austria*, Barcelona 2005.

Once meses después del matrimonio, Alejandro es asesinado por uno de sus primos y Florencia pasó a una nueva rama de los Médicis. Viuda con apenas catorce años, Margarita regresa a los Países Bajos al lado de su tía María, donde permaneció hasta que su padre decide una nueva alianza matrimonial en Italia. Ahora con su primo Ottavio Farnese, niño todavía de trece años, Duque de Parma, nieto del Papa Paulo III. La boda se celebró en la Capilla Sistina con la presencia del Papa.

Margarita, de dieciséis años, se negaba a tener trato conyugal con su infantil esposo. Esto llegó a provocar una cuestión de estado entre el Papa y el Emperador. Paulo III se arrepintió de aquel enlace que podía caer sobre su casa la misma desgracia que sobre los Médicis. Las cosas parecieron mejorar algo con la intervención del Padre jesuita Coduri, a quien el Papa nombró confesor de Margarita. A la muerte de éste se encargó el mismo Ignacio del consejo espiritual de ella, que ya contaba con diecinueve años y su esposo dieciséis, en agosto de 1545 dio a luz dos gemelos; uno de ellos murió, el otro, Alejandro Farnesio, fue bautizado por el mismo Ignacio, siendo padrinos Carlos V y la reina de Francia; al bautizo asistieron diecinueve cardenales.

Durante este tiempo Margarita junto con otras señoras de la ciudad de Roma acude al consejo espiritual de Ignacio de Loyola, un consejo que no se reduce solamente a cuestiones de tipo espiritual, sino que lleva a cooperar en las tareas apostólicas que entonces Ignacio está desarrollando en Roma. Así vemos a Margarita afanarse por la obra de los catecúmenos judíos. El apostolado con ellos chocaba con la gran dificultad de que al convertirse perdían todos sus bienes en provecho del fisco romano. No sólo se derogó esta medida, sino que además se les dio pleno derecho de ciudadanía como cualquier otro cristiano.

Hacía falta organizar en forma permanente la ayuda a los huérfanos. Así, se creó el «Orfanotrofio de Santa Maria in Aquino» en 1541. Entre las principales bienhechoras está de nuevo doña Margarita de Austria. Se fundó también una asociación de madres y mujeres, que se ocupasen de los orfanatos con el nombre «Compagnia degli orfani».

El año 1547 tuvo un significado especial para la pareja Margarita-Octavio. El empeño que demostró Octavio en la reconquista de su Ducado de Parma, cuando tanto el Emperador como el Papa estaban contra él, motivó a Margarita a ponerse completamente a favor de su marido, con el que llegó alcanzar una buena relación de amistad. Durante la guerra de Parma, en la que combatieron Ottavio, como aliado del rey de Francia, y el Papa, como aliado del Emperador, Margarita permaneció en la ciudad confortando a su habitantes.

Terminada la guerra, Carlos V recomendó Margarita a su hermanastro Felipe II, que desarrolló una política de acercamiento al duque de Parma. Entre las cosas pactadas estaba el acuerdo de que el hijo Alejandro debía ponerse bajo la tutela del rey de España. En 1556 Margarita acompañó a su hijo a Bruselas, donde se encontraba Felipe II. En el 1559 fue nombrada gobernadora de los Países Bajos, en medio de una situación muy complicada, debido a que el calvinismo se estaba extendiendo intensamente en estos países. En agosto de 1567 estalló una serie de disturbios y protestas. Margarita logró separar la nobleza del levantamiento popular, pero demasiado tarde según Felipe II, quien remplaceó a su hermana por Fernando Álvarez de Toledo, Duque de Alba.

En 1568 volvió a Italia estableciéndose en sus feudos del Abruzzo, cerca de Roma. Después de una breve estancia en Leonessa decidió residir en Cittaducale donde estuvo hasta el 1572, pasando después al Aquila; dio excelentes muestras de sus dotes administrativas en favor de la economía y de la cultura locales. Murió en Ortona (Abruzzo) a la edad de 64 años, el mismo año que su marido, 1586. Está sepultada en Piacenza en la iglesia de San Sisto¹⁴.

Le gustaba llamarse «Madama». Por tal motivo su palacio romano, heredado de los Médicis se llama Palazzo Madama, actual sede del Senado de la Republica Italiana, y por el mismo motivo existe una Villa Madama en Monte Mario y un pueblo cerca de Tivoli en la provincia de Roma que se llama Castel Madama, en cuya iglesia se encuentra una copia de la mascarilla de San Ignacio, solicitada expresamente por ella como recuerdo de su padre espiritual, tal vez la más antigua y la menos retocada que se posee del Santo.

San Ignacio y la vida religiosa femenina de su tiempo

La oposición a la admisión de mujeres en la Compañía, según los hechos que conocemos, tiene su origen sobre todo en experiencias negativas. Por otra parte, una Orden eminentemente apostólica, requiere estar presente allí donde las necesidades son más urgentes, en muchos casos, como el de Francisco Javier sin ningún compañero. Esta forma de practicar la vida religiosa era impensable para las posibilidades de movimiento y los peligros que corría entonces una mujer sola por el mundo. Es aquí donde se deben buscar las verdaderas razones a la negativa de Ignacio a admitir mujeres en la Compañía.

Tanto la oposición a admitir mujeres y crear una rama femenina o a aceptar conventos de monjas sujetos a la Compañía como la negativa a los cargos de confesores permanentes en conventos femeninos, se explican desde la capacidad de movimiento y de riesgo que la nueva Orden tiene como misión. Esta conclusión se ve reforzada por el hecho de que Ignacio sí era favorable a crear una instituciones femeninas que tuviesen el espíritu de la Compañía pero que jurídicamente no dependiesen de ella.

«Me persuado que para cumplir las intenciones del Señor Duque y la Señora doña Juana, para ganar más ánimas y para que más universalmente Dios nuestro Señor sea servido de todos y de todas en mayor provecho espiritual, nos persuadimos que será un bueno y santo medio de hacer una compañía de señoras y de otras que les pareciere justas y santas en el Señor nuestro»¹⁵.

Se trata, por tanto, de una institución femenina apostólica, pero sin vinculación de obediencia a la Compañía, es decir, no se trataría de otra cosa sino de proseguir el trabajo apostólico femenino iniciado en Roma. Pero el proyecto no llegó nunca a realizarse, tal vez por falta de comprensión o porque los Padres de Gandía y Valencia no supieron promoverla.

¹⁴ R. LEFEVRE, «Madama» Margarita d'Austria, Roma 1986.

¹⁵ Monumenta Ignatiana Eppistolae I, 421,

Consecuentemente con su concepción apostólica de la vida religiosa, ve inmediatamente los inconvenientes que en este sentido comportaba la admisión de mujeres a la Compañía, pero al mismo tiempo Ignacio buscó nuevos cauces para que la mujer pudiese actual apostólicamente según el «modo de proceder» de la Compañía.

La mujer en el epistolario Ignaciano

Fue Hugo Rahner quien en el 1956 sorprendía con su libro «Ignatius von Loyola. Briefwechsel mit Frauen», que recogía y comentaba la correspondencia femenina de San Ignacio, que se encuentra en los 12 volúmenes que forman las 6.813 cartas del epistolario ignaciano. De ellas 89 se hallan dirigidas a mujeres, aunque el número fue bastante superior. Se perdieron y se destruyeron muchas. En los 5 volúmenes de las *Eppistolae Mixtae* nos han llegado 50 cartas de mujeres a Ignacio. Por otra parte, resulta una casualidad significativa que el texto ignaciano más antiguo que poseemos, aunque no en original, sea la carta a Inés Pascual de 1524.

No se trata solamente de cartas referentes a asuntos personales, familiares o políticos de la alta nobleza femenina. Se halla un buen número donde el remitente expresa su profundo agradecimiento a sus benefactores a la vez que responde a algún tema espiritual o humano. El tema espiritual es dominante en las cartas a Isabel Roser, Teresa Reja-della y Leonor de Mascarenhas.

La gran capacidad para la amistad y la relación humana es asimismo una característica de la correspondencia femenina de San Ignacio. No en último término es de resaltar la relación epistolar con las madres de los jesuitas. A doña Juana de Valencia escribe dándole algunas razones sobre la vocación de su hijo, con la cual ella ano estaba muy conforme: «...y quanto más se uey en las letras el materno amor para con don Federigue, tanto nos da más edificación la conformidad de la uoluntad de V. md. con la diuina, que parece el mesmo espíritu que traxo a don Federigue del mundo a la religión ha insegnado a V. md., a aquietarse y contentarse con su determinación, supliendo con la fortaleza de su gracia la fragilidad de la natura. Al mesmo plega de accrezentar siempre su luz y caridad en el ánima de V. md., para que cada día más se consuele de uer empleado á quien tanto ama en el seruitio de quien sobre todas las cosas deue ser amado, y en quien y para cuya gloria todas ellas deuen amarse. En lo demás, don Federigue es aora tanto y más que nunca de V.med. en el Señor nuestro, cuyo amor perfeccionará el natural que él debe tener como hijo... Guarde su diuina bondad la de V.md. en su santo seruitio, y a todos quiera dar su gracia cumplida para que su santísima uoluntad siempre sintamos y enteramente la cumplamos. De Roma 8 de enero 1556»¹⁶.

¹⁶ Ibid. X, 483 s.

Conclusión

Nuestro bosquejo de las relaciones de Ignacio con el mundo femenino muestra un hecho fundamental, que a lo largo de la historia de la Compañía no se ha tenido lo suficientemente en cuenta, a saber; el importantísimo papel de la mujer en la formación humana y espiritual de San Ignacio y en la fundación de la Compañía. Sin Magdalena de Araoz, Inés Pascual, Isabel Roser y la piadosa beata manresana; sin Leonor de Mascarenhas, Margarita de Austria, Leonor Ossorio o Juana de Austria se hace muy difícil entender tanto la vida de San Ignacio como la aprobación y rápida difusión de su instituto y de su espiritualidad. No en vano él llamó a algunas de ellas «madres de la Compañía de Jesús».